

María el objeto de toda tu confianza, ya que Ella es tu vida de a naturaleza y la de la gracia.

30. *Devoción á María como vida.*—En una ciudad, que con razón podría apellidarse de María, vivían dos jóvenes tan agradecidos en prendas naturales, como perdidos por un amor no santo. Vana cosa sería el explicar que vivían mal entretenidos: solamente notaremos que era con una pasión tan exaltada, que cada uno para el otro era como su vida; y el nombre con que se reconocían era apellidarse mutuamente vida mía.

Mas aconteció que sin saberlo uno del otro, asistieron á una función solemnisima celebrada en honor de la Inmaculada Concepcion, en la cual el predicador, despues de haber presentado tan gran misterio con los mas bellos hechizos, cargó poderosamente contra la mancha de la impureza, y ambos corazones se separaron en aquel mismo instante, se consagraron á María y la tomaron por su verdadera vida. Ambos se convirtieron perfectamente, ambos se confesaron y comulgaron, ambos siguieron una vida devota, y por fin se unieron en el santo matrimonio. Como se habian casado no por fines innobles, sino con el fin nobilísimo de agradar á Dios, y de ayudarse mutuamente, María Santísima les concedió unos hijos á la verdad santos, y todos juntos formaban una casa que era toda dedicada á María.

Todos los dias se consagraban á tan Soberana Señora, y si el marido confesaba que estaba muerto y que la vida del cuerpo y la del alma, la debia á María, lo mismo afirmaba la esposa; y ambos á dos rezaban por la mañana las oraciones del cristiano, hacían un rato de oración mental, casi diariamente oían misa y rezaban á María el santísimo rosario. En las vigili-
as de las principales festividades se confesaban, ayunaban, hacían algunas limosnas y comulgaban en el dia de la fiesta. Dichosos los casados que á imitación de este matrimonio, es-

tán del todo consagrados á María, porque sin duda alguna, hallarán en Ella que es su vida!

CAPITULO VI.

DULZURA.

31. *María es nuestra dulzura.*—Te confieso, lector carisimo, que no puede explicarse la confianza con que acuden á María sus fidelísimos devotos. Y no puede ser de otro modo, porque ¿cómo no han de tenerla completísima á esta Madre de piedad? ¿Cómo no se la han de profesar toda entera á esta Virgen sacrosanta? Ellos saben que está llena en su favor no solo de misericordia, sino que tambien de una liberalidad inmedible: ellos saben que es tal su compasion que no puede dejar de protegerlos, y que ni todos los demonios son capaces de causar mal alguno á la venturosa alma que es toda de María.

A vista de esto, digamosle una y mil veces: Salve, salve, María; salve, Soberana Reina; salve, queridísima *Madre y Madre de misericordia*; salve, *vida* del cuerpo y vida del alma, vida de la carne y vida del espíritu, vida del tiempo y vida de la eternidad. ¡Oh, qué consuelo! ¡Qué felicidad tan dichosa!

Pero esta crece y se multiplica extraordinariamente al considerar que María es tambien nuestra dulzura; y como si dijera, María, de tal suerte es mi Reina y Madre, mi misericordia y mi vida, que Ella sola me llena de un consuelo tan inexplicable, que forma realmente toda mi *dulzura*. Sí: María es para sus devotos *toda dulzura*; porque á la manera que la gloria del Hijo es la gloria de la Madre, así la dulzura de la Madre es la dulzura misma del Hijo; y así como Jesucristo es esencialmente dulcísimo, así María es por gracia y privilegio la *misma dulzura*.

María es la misma dulzura en su alma y en su cuerpo, de manera que cada uno de los oficios que nos dispensa, se tornan por otra parte en raudales de suavísima dulzura; y por tanto, *dulzura* es la mas insignificante de sus tiernísimas miradas, y el mas pequeño ademán de que oye nuestras súplicas: *dulzura* es la venia que nos hace de que no nos olvida, y las palabras suavísimas que brotan de sus labios: *dulzura* es el último de sus pasos emprendidos para nuestra defensa y el acto de su voluntad con que nos defiende; en una palabra: en María todo es dulzura en nuestro favor, y lo son también todos los afectos de su corazón bondadoso, y aun lo es y á torrentes el solo nombre de María. Por esto tantos devotos suyos repetían siempre María y alababan, y glorificaban y ensalzaban el santo, santo, santo nombre de María.

No muy lejos del lugar en donde esto se escribió, vivía una de aquellas almas felices que afortunadamente pueden apellidarse con toda extensión, verdaderas *hijas de María*. Era una niña que apenas contaba quince años, y ya por ventura suya experimentaba que la Santísima Virgen es tan suave que puede denominarse *la misma dulzura*. Durante sus mas tiernos años se descubrió en ella que repetía con mucha frecuencia, María, que al hablarle de una imagen cualquiera, ella, con un candor y con un fervor indecibles, añadía: sí, de María. Ella celebraba las fiestas de esta Soberana Reina con el mayor esplendor que le era dable, y cubría de besos la hermosa imagen de la Inmaculada Virgen María, que colgada de una cinta, pendía de su cuello.

Su devoción hacia María, al paso que era muy tierna, era en gran manera sensible, y era además extremadamente sólida: porque habiendo sido probada por medio de un fuerte dolor que experimentó por mucho tiempo en sus ojos, y que por fin le hizo perder del todo la vista hasta quedarse completamente

ciega; sin embargo, sus labios apenas se desplegaron para la queja: se dió á Jesús y á María con nuevo fervor, y acabó dando gracias á su tierna Madre por haberle quitado la facultad de la vista. Ya se deja ver que en este estado hizo muy rápidos progresos en la virtud, y que llena de merecimientos fué á disfrutar con María los inmensos efectos de su divina dulzura.

32. *Asistiéndonos en la hora de la muerte*.—Yo te llamo la atención, lector carísimo, en lo que voy á decirte, para que comprendas bien cómo María es nuestra dulzura, asistiéndonos en la hora de la muerte. No solo suaviza la aspereza de este amargo trago, no solo quita las circunstancias que podrían llenarnos de tristeza, no solo ahuyenta nuestros terribles enemigos con la menor de sus miradas, sino que aun nos da á gustar suavísima dulzura, derramando en nuestro corazón el místico almíbar de su amor. ¡Oh devotos de María! ¡y cuán felices sois! Porque María, la dulce María os asistirá en la hora de vuestra muerte.

Los amigos, según el mundo, lo son mientras el amigo tiene su asiento entre los brazos de la fortuna; mas cuando ocupa su lugar la terrible desgracia, luego lo abandonan á sus propias miserias; y á la manera que el Santo Job quedó desamparado de todos, así quedan ordinariamente los que confían en el mundo. Mas no acontece esto con los fidelísimos devotos de María, porque ellos tienen en su Señora su verdadera Amiga; y si los asiste en todos los peligros, lo hace de un modo todo especial en la mayor de las necesidades que es en la hora de la muerte. En este momento tan decisivo los asiste con tanto empeño, que no sabe dejarlos ni por un momento, y hace que se verifique en los moribundos que le han sido devotos, el que les sea *toda dulzura*; y al modo que es vida nuestra durante el tiempo de nuestro destierro, así se torna *toda dulzura* en la hora de la muerte.

Nadie debe extrañar que María asista á sus devotos, porque este oficio le pertenece de un modo especial, ya por la piedad que caracteriza su bondadoso corazon, que le hace sentir como propias las necesidades ajenas, ya porque adquirió la gracia de asistir á la muerte de Jesus. La creencia de la Iglesia sobre este punto, es que María lo hace verdaderamente, y por esto ha querido que se lo recordáramos sin cesar, al decirle que *ruegue por nosotros pecadores en la hora de nuestra muerte.* ¡Oh devotos de María! ¡y cuán dichosos sois! ¡Qué beneficio tan consolador! Cada uno de los devotos de María puede decir con toda verdad: «En la muerte, en el momento terrible de la muerte, María, la tiernísima Madre mía será de tal suerte mi compañera inseparable, que se tornará *toda dulzura.*»

Para que te convenzas mejor, lector carísimo, que María es *toda dulzura* para sus devotos, en la hora de su muerte, has de saber que todo cuanto Ella es, todo lo emplea en favor de los moribundos; y si el demonio los ataca con toda la violencia de que es capaz, claro está que María los defiende con toda su proteccion. Así es que podemos asegurar, que en la hora de la muerte, si hemos sido devotos de María, Ella nos defenderá de modo que sea *nuestra dulzura*, haciéndonos alcanzar desde luego la inmarcesible corona de la gloria.

Ea, pues, lector carísimo, si en aquel momento se encuentra tu corazon como en mar tempestuoso, mira á la divina luz de María: si el conjunto de grandes tribulaciones te ataca, defiéndete con María: si las olas de la soberbia, ambicion y detraccion te embisten para sumergirte hasta en el abismo, llama á María: si la memoria de pasados crímenes te conturba, nombra á María: si la fealdad de una conciencia horriblemente manchada te entristece, repite María: y si el temor del terrible juicio, y los brazos horrorosos de la desesperacion te aprisionan y te atan, clama, clama á María. Tomemos la resolucion de ser todos de María, de saludarla diariamente con la Salve, y aun de repe-

tirla tres veces al dia, para que tengamos una buena y santa muerte.

33. *Defendiéndonos de los enemigos.*—Verdaderamente es una cosa imposible el querer explicar las angustias de los moribundos, porque ellas parten de los crueles remordimientos de los pecados pasados, del horror que inspira el tener que presentarse delante de Dios, y de la incertidumbre amarguísima que brota de la sentencia que ha de pronunciarse; pero angustias que son mas mortales aun, por las tentaciones del demonio. En efecto: en esta hora trabaja el espíritu maligno con tanta mayor fuerza, cuanto se le acaba el tiempo y se multiplican los tentadores, de suerte, que podemos decir sin exageracion, que llenan el aposento. ¡Qué será de nosotros en aquella hora! Felices si hemos sido devotos de María, porque Ella será para nuestras almas *la mayor dulzura!*

De San Andrés Avelino se cuenta que en la hora de su muerte, fueron á tentarlo diez mil demonios, y con todos ellos tuvo que sufrir la mas terrible pelea. Figúrate lo que pasaria en su espíritu, por lo que se veia en su exterior: porque dice su *Vida*, que se puso á temblar en todos sus miembros; que su agitacion era extrema; que de sus ojos manaba un rio de amarguísimas lágrimas; que su cabeza daba violentos golpes en todas direcciones, y que su rostro quedó completamente negro.

¡Qué te parece, lector carísimo! Con todo: era un santo el que así moria. Mas él, como fiel devoto de la Santísima Virgen, no dejó de clamarla ni un momento; y María, despues de haberlo asistido con su gracia, se le apareció del modo mas consolador, y espirando apaciblemente, entregó su bendita alma en sus manos sacrasantas. ¿Quién no será devoto de María? ¡Oh cuánto nos conviene asegurar aquella hora! Solo una vez hemos de morir, y solo muriendo bien seremos eternamente felices. Mas si por nuestra fortuna tenemos á María de nuestra

parte, ya nada hemos de temer; ya todo tenemos que esperarlo, y hemos de estar bien persuadidos que en la hora de la muerte todo nos irá bien. Tomemos la práctica santa de rezar diariamente tres Salves, pidiéndole á María una buena y santa muerte.

Si contemplamos al Santo Rey David temeroso de la muerte, lo veremos poniendo su confianza no en las gracias que habia recibido, ni en las obras fidelísimas y costosísimas que habia ejecutado, ni en ser uno de los ascendientes mas gloriosos del Mesías, sino poniéndola en las futuras súplicas que esta buena Madre habia de hacer en su favor. *No, clama, no temo las angustias de esta hora, porque la vara y el báculo de María formarán todo mi consuelo;* porque sin duda alguna, Ella es la poderosa vara con la que quedan neutralizadas las violencias todas del infierno.

Siendo esto así, si María está en favor de una alma, ¿quién podrá cosa alguna contra Ella? Te aseguro, lector carísimo, que si eres verdadero devoto de María, tendrás un buena, y santa muerte; y aunque te asaltare todo el ejército de demonios, se verá obligado á confesar que nada puede contra tí, porque eres el defendido por la Inmaculada y divina María. ¡Feliz devocion que te hará llegar á esa hora de modo que vivas y mueras bien! ¡Oh felices trabajos los sufridos por María! ¡Oh bien pagadas mortificaciones las emprendidas por María! ¡Feliz devocion, que lleno de consuelo te hará decir á la siempre dulce Virgen María: *Gracias te sean dadas, oh amantísima Madre mia, porque habeis venido á ayudarme en la hora de mi muerte, y me habeis labrado una eterna felicidad.* No te descuides en rezar todos los dias antes de acostarte, tres veces la Salve, pidiendo á la Inmaculada y divina María una buena y santa muerte.

34. Y en el mismo Tribunal de Dios.—A la manera que

Satanás envía á los mas terribles demonios en el tribunal de Dios, para perder á todos los que son juzgados, así María envía el torrente de todas sus gracias para defender á cuantos la han invocado: y los defiende con tan buen acierto, que jamas condenará el Divino Juez á una alma patrocinada por su Madre. No quiero decir con esto que despues de la muerte haya mérito ó demérito, ni tampoco que María pueda salvar á una alma que muera en pecado, porque esto ni Dios mismo lo puede hacer; porque si esencialmente es bondadoso, esencialmente es también justísimo. De lo cual resulta, que lo que se dice de algunos casos en los cuales se afirma que María Santísima salvó con su intercesion á algunos que habian muerto en pecado, debe entenderse de modo que ó la muerte no fué verdadera sino aparente, ó que si hubo verdadera muerte no fué la final, sino tan solo pasajera como aconteció con Lázaro. Lo que hace la Santísima Virgen es, que antes de morir los convierte completamente, y se presentan delante de Dios aborreciendo el pecado y amando la virtud; y por tanto, de modo que pueden ser justificados. Cuando la muerte es aparente, por medio de alguna vision ó locucion los llena de grandes temores, y este temor santo es el principio de toda santidad y de su salvacion verdadera.

Cuéntase en la *Vida de Santa Brígida*, que su hijo Carlos vivia tan olvidado de Dios, que no hacia mas que ofenderlo con los mas espantosos crímenes de una vida licenciosa. Habiendo caido gravemente enfermo y muerto sin confesion, la Santísima Virgen lo presentó al Juez Supremo, y abogó tan bien por él, que lo salvó. Este hecho no quiere decir que María salvase al que murió con la muerte final y estando en pecado, porque esto, repetimos, ni Dios puede hacerlo; pero sí afirmamos que María lo salvó, sugiriéndole en sus últimos momentos actos vivísimos de fe, de verdadera esperanza y de muy ardien-

te caridad, é hizo que creciera tanto en el amor de Dios, que detestando absolutamente todo pecado, al fin se salvó.

Solo bajo estos dos puntos de vista se comprende lo que quieren decir los devotos de María, cuando afirman que los defenderá en el mismo tribunal de Dios. ¡Quién no será devoto de María! ¡Oh, bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados; bienaventurados los devotos de María que lloran todas sus infidelidades, porque ellos serán consolados con la posesion de la gloria! ¡Oh, qué bueno es ser devoto de María! ¡Qué bueno ver en María la mas tierna Madre! ¡Y qué bueno vivir de modo que uno muestre que es su hijo!

Es cierto que María asistió de un modo especial á las almas inocentes, y así vemos que Teresa de Jesus, Pedro de Alcántara, Juan de Dios y Luis Gonzaga, tuvieron una muerte dulcísima en los brazos de María su Madre; pero tambien lo es que ha concedido semejantes gracias á grandes pecadores, y así vemos á San Agustin, á María Egipciaca y á muchos otros que murieron santamente por intercesion de la Santísima Virgen, no obstante sus antiguos pecados. ¡Qué gracia no podrás esperar de María, lector carísimo! Mira, Ella es toda dulzura, así como es toda esperanza, toda misericordia y toda bondad. Es toda dulzura, y si lloras desde ahora todas tus infidelidades, hará que en la hora de tu muerte mueras justa y santamente delante del Señor. Repite á este fin tres veces al dia: *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á Vos.*

CAPITULO VII

ESPERANZA NUESTRA, DIOS TE SALVE.

35. *María es nuestra esperanza.*—Antes de explicarte, lector carísimo, los efectos de María hácia nosotros, considerada como esperanza nuestra, es conveniente que expliquemos bien lo que predica la Iglesia, de la Santísima Virgen al apellidarla nuestra esperanza. Hay dos especies de esperanza: la una termina en la misma persona en que se espera, y bajo este punto de vista, solo Jesucristo es la esperanza nuestra: la otra es la que no termina en la persona en la cual se espera, sino como un medio para alcanzar lo que deseamos: de un modo semejante al que espera de un ministro que le alcanzará de su rey la gracia que le pide. Bajo este punto de vista, y no mas, es María la esperanza de los cristianos; y este es el sentido de la Iglesia cuando pone en boca de los fieles, dirigiendo á María el *Esperanza nuestra, Dios te salve.*

Y no puede ser de otro modo, porque María solo es criatura aunque sea la mas privilegiada y aunque pueda lo que Dios puede; pero solo lo puede por gracia y privilegio. Y así como la luna por bella, por excelente y por grandiosa que aparezca, no es por luz propia, sino por la luz que recibe del sol, así María, por mas que se la considere llena de gracia, teniendo consigo al Señor y bendita entre todas las mujeres, no es por mérito propio, sino por la gracia que le ha sido comunicada por el divino Sol de Justicia. ¡Oh qué grande es María así considerada! Es la única criatura: es la sola entre los descendientes de Adán: es nuestra verdadera esperanza. ¡Oh María! Dios te salve, *esperanza nuestra*, llena de gracia; Dios te salve, derrámala en favor de todos tus devotos con la profusion que conviene á tu,